

ELSPETH COOPER

Bajo la hiedra

minotauro

1

CONDENADO

La magia había vuelto a desatarse. Su música recorría los nervios de Gair como si fueran cuerdas de arpa, y la promesa del poder crepitaba a través de sus dedos. Todo cuanto debía hacer era abrazarlo. Si se atrevía. Pegó el rostro a las rodillas y rezó.

—Madre, llena eres de gracia, vida y luz de todo el mundo. Benditos son los mansos que hallarán la fuerza en ti. Benditos los misericordiosos, que en ti hallarán la justicia. Benditos los perdidos, que en ti encontrarán la salvación. Que así sea.

Versículo a versículo, verso a verso, la devoción se precipitaba a trompicones por sus labios reseco. Crispaba los dedos en torno a las cuentas del rosario para no confundirse de verso, pero hacía mucho que se había perdido. Cuando empezó a tartamudear, pegó con más fuerza las rodillas al pecho y volvió a empezar.

—Ay, madre, me he extraviado en un lugar oscuro. He vuelto a apartarme de la senda por la que me guías...

La música le susurraba al oído, seductora. No había nada capaz de ahogarla. Ni rezos, ni súplicas, ni siquiera los pocos himnos que recordaba. Estaba por doquier. En las paredes de hierro herrumbroso de su celda, en el sudor rancio de su piel, en los colores que distinguía en la oscuridad. Cobraba volumen poco a poco, con cada aliento.

Se oyó un campaneo argénteo. Gair abrió los ojos, perforados por la brillante luz, tan blanca que tuvo que hacerse visera con la mano. A través de los dedos distinguió dos siluetas cubiertas por mantos resplandecientes. Ángeles. Madre de Dios, ángeles enviados para llevarlo a casa.

—Bendíceme ahora y llévame a tu lado, perdona todos mis pecados...

Gair aguardó postrado la bendición. Le propinaron un fuerte golpe con el dorso de la mano y cayó de espaldas, despatarrado.

—¡Ahórrate tus cantos, aberración!

El siguiente golpe lo arrojó con fuerza contra la pared forrada de metal. Experimentó un intenso dolor en la sien y la música se adelgazó hasta el silencio.

—Ojo, que aquí no tiene poder para atacarte.

No. No tenía poder. La magia era demasiado indómita e impredecible como para que alguien la dominara mucho rato. No necesitaba verse encerrado entre paredes de hierro para quedarse indefenso. Hecho un ovillo en el suelo, Gair se llevó las manos a la dolorida cabeza.

«Benditos los perdidos...»

Unas botas con espuelas de plata cruzaron por su línea de visión entre el campanileo del metal. No eran campanas. No eran mantos de luz, tan sólo las túnicas de lana blanca de los alguaciles del preboste. Los soldados lo esposaron y después lo pusieron en pie tirando de la cadena. Volvió a postrarse al tiempo que la celda parecía dar vueltas a su alrededor.

Uno de los soldados descargó una patada en los riñones de Gair. El otro chascó la lengua.

—Ya sabes que pronunciar su nombre en vano es pecado.

—Ajá. Te has puesto en manos de la fe equivocada, amigo mío. Sermones como un profesor. —Otra patada—. ¡Arriba, brujo! ¡Ve al juicio por tu propio pie o te llevaremos a rastras!

Gair se puso en pie con dificultad. Afuera, en el corredor empedrado, volvió a cegarlo la luz del sol que alanceaba a través de los altos ventanales. Los alguaciles lo flanquearon sin soltarlo del hombro, medio empujándolo, apuntalándolo en parte cuando daba un traspié. Cuando los demás soldados se situaron a su espalda, se oyó el ruido de las vainas y el campanileo de las espuelas.

Corredores borrosos, interminables. Escaleras que se confabularon para hacerlo tropezar, escalones que le despellejaron los pies descalzos. No hubo tiempo de descansar, de recuperar el aliento, pues era caminar o caer, y no sería la primera vez. La piedad de la diosa no llegaba hasta allí, incapaz de atender sus plegarias por muchos que fuesen los fragmentos dispersos en aquel vacío que había dejado la magia en su interior.

—... Sé luz y consuelo tanto ahora como en la hora de mi muerte...

—¡Cállate!

Una mano guarnecida con guantelete le alcanzó el pómulo, pero un tirón de la cadena bastó para mantenerlo en pie. Salieron a corredores

más amplios, de paredes cubiertas de madera; bajo los pies, baldosas de mármol en lugar de piedra desnuda, tapices colgando. Un último giro y los alguaciles detuvieron el paso. Las puertas oscuras se alzaban al frente, custodiadas por personas convertidas en manchas que portaban altos estandartes. Un soplo de aire sacudió la tela, y los Santos Robles flamearon mientras el recamado en hilo de oro resplandecía al sol.

Gair sintió un vuelco en el estómago cuando reconoció el lugar. Esas puertas conducían al salón del rede, donde los caballeros celebraban sus reuniones y ceremonias; donde la orden emitía y ejecutaba sus sentencias. Le temblaron las rodillas. Ruido metálico de cadenas cuando extendió las palmas de las manos para detener la caída en el suelo abri-llantado. En su interior, el susurro de la música rebulló antes de guardar silencio.

La sentencia. Era demasiado tarde para que lo soltaran sin más. Demasiado tarde para esperar algo que no fuera el perdón.

«Ay, diosa, mírame con buenos ojos.»

Al frente, la imponente puerta doble se abrió silenciosa hacia adentro.

Desde el apartadizo cubierto con cortina situado sobre la puerta, Alderan vio el salón del rede en todo su esplendor, desde los centinelas con túnica hasta el roble tupido de hojas de bronce que se alzaba tras el asiento del preceptor y relucía a la luz del sol, que se filtraba por los ventanales. Se encontraba en un puesto lo bastante elevado como para pasar desapercibido, siempre y cuando no hiciera algo que llamase la atención. A pesar de ello, corría peligro.

Los bancos situados en los laterales del salón estaban ocupados por jerarcas, espléndidos en su escarlata ceremonial. Hasta donde alcanzaban sus cuentas estaban todos presentes. Mejillas sonrosadas y traseros bien almohadillados, hablillas, inclinaciones de cabeza, mucho lucir las plumas. Alderan frunció el labio.

«¿Y éstos son los herederos de Endirion? El primer caballero debe estar llorando a lágrima viva en su tumba.»

Un par de secretarios entraron por una puerta lateral, serios como cuervos, ataviados con túnicas negras. Tomaron asiento ante sendos escritorios enfrentados que había al pie de la tarima donde estaba el sillón del preceptor, mientras el acusador ordenaba sus documentos, y el escriba sacaba tintero y plumas para dejar constancia de lo sucedido durante la sesión. Al cabo de unos instantes, el preceptor en persona entró en la sala.

Ansel caminaba tan erguido como de costumbre con su anguloso cuerpo, pero el tono de su espeso cabello hacía juego con la túnica blanca. La mano que empuñaba el bastón de su cargo era nudosa y mostraba indicios de artritis.

«Por lo visto, ha encontrado un enemigo al que no puede enfrentarse. El héroe de Samarak, derrotado por el paso del tiempo.»

Junto a Ansel vio al capellán, igual que siempre, sólo que un poco más arrugado que la última vez. Danilar inclinó la cabeza de melena leonina para susurrar unas palabras al oído de Ansel y arrugó el entrecejo al escuchar la respuesta, antes de introducir las manos enormes en las mangas y dirigirse hacia su asiento, situado en el banco frontal. Ansel se irguió de hombros, subió los peldaños de la tarima y se volvió para encarar el salón. Los jerarcas guardaron silencio.

–Llamo al orden al rede –anunció–. Empecemos.

A Ansel le bastó con chascar los dedos para que los centinelas abriesen las puertas. Todos los jerarcas se inclinaron hacia adelante para poder ver mejor la entrada del acusado. Alderan crispó los puños, que apoyaba en el regazo. Eran los funcionarios de más antigüedad de la orden, subordinados del preceptor, que era la mano derecha del lector de Dremen.

«¡Y míralos! Boquiabiertos como patanes en mitad de una feria, esperando a que el director del espectáculo presente a la mujer tatuada o el ternero bicéfalo. Espero que la diosa vea lo que sus unguentos se disponen a hacer en su nombre.»

Entraron por la puerta un par de alguaciles que conducían a un prisionero que caminaba a trompicones entre ambos. El largo pelo lacio y una barba descuidada ocultaban el rostro del cautivo, pero nada disimulaba lo que le habían hecho. Tenía el cuerpo desnudo cubierto de rasguños y moretones; costras de la mordedura del látigo en la espalda, y uno de los pies dejaba a su paso manchones de sangre en el suelo ajedrezado. Cuando los alguaciles lo encadenaron al pasamano de caoba del banquillo de los testigos, el cansancio lo postró de rodillas.

La curia contuvo el aliento. Algunos jerarcas no disimularon el gesto de llevarse el pañuelo al rostro mientras miraban con cara de pismo.

¿Tanto se habían apartado los suvaeanos de los preceptos de Yelmo de Diamante? ¿Habían recuperado el látigo y el interrogatorio, prohibidos durante siglos? Alderan sintió que la ira se le enroscaba en el estómago como una serpiente dispuesta a morder. ¿Eso entendían ellos por justicia?

El dolor laceró el pie de Gair al caer. La oscuridad anegó poco a poco su campo de visión, y el salón del rede se transformó en una vorágine de color escarlata y luz solar que lo absorbía hacia el suelo ajedrezado.

Experimentó una intensa náusea. Tragó saliva y cerró los ojos con fuerza hasta que superó el mareo. Los jerarcas lo miraban fijamente. Su repulsión, la terrible fascinación que los sobrecogía, le causó escalofríos en la nuca. El silencio reinante era tan estruendoso como un grito.

—¡Apóstata! ¡Infiel!

No tenía respuesta para ellos. ¿Cómo negar la verdad? La culpa gateaba por su piel.

«Levántate, novicio. Sea lo que sea que te espera, afróntalo de pie.»

Selenas, maestro de espadas, con su mano fuerte, bronceada, extendida para ayudar a un joven a levantarse en pleno patio de armas bajo el sol abrasador, lo que se antojaba hacía un siglo. Lo había hecho para que siguiera luchando.

Gair abrió los ojos. Baldosas blancas y negras a sus pies. Olores de abrillantador de suelos, incienso y («¡ten piedad, madre!») su propio cuerpo desaseado. En la periferia de su campo de visión, madera oscura, túnicas rojas. Que la curia lo mirase. No lo verían lloriquear en el suelo como un cachorrillo.

Con lentitud, consciente del peso de las cadenas en las muñecas, asió el pasamano de caoba y se puso en pie.

Alderan expulsó el aire que no era consciente de haber contenido. No habían podido con él. Tal vez no tuviera fuerzas, pero el joven se tenía en pie y sostenía la mirada del preceptor. Alderan se sintió exultante. Aún había esperanza.

El preceptor levantó el bastón con pie de acero y descargó tres golpes en la tarima con la cadencia de los latidos del corazón. Los jerarcas se quedaron inmóviles mientras las motas de polvo flotaban a la luz que entraba por los ventanales. El sol se había desplazado a poniente. La tarima quedaba oculta en sombras, mientras el banquillo de los testigos se encontraba bajo toda esa luz.

—¿Quién se presenta ante el rede? —La voz de Ansel había perdido fuerza con el paso de los años, pero aún conservaba su carisma.

—Un hombre acusado —respondió el acusador con la orden en la mano. Ni siquiera miró al reo.

—¿De qué se le acusa?

—Mi señor, se le acusa de profanar la casa de la diosa, de pecar contra sus mandamientos y de violar los severos preceptos de nuestra fe.

—¿Haciendo uso de qué medios?

—Sirviéndose de la brujería.

Un siseo de alientos contenidos sacudió los concurridos bancos. Bastó con oír aquella palabra para que todos echasen mano del rosario. Alderan crispó de nuevo los puños e hizo un esfuerzo por poner las manos en el regazo. No había ido allí para arrancar uno a uno los ladrillos del salón del rede. Al menos no ese día.

—¿Cuál es el motivo de su presencia?

—Acude para someterse al juicio del rede.

Silencio, aparte del ruido que hacía la pluma del escribiente, e incluso éste cesó. Sin importar el peso de las miradas, el joven mantuvo la cabeza bien alta, clavados los ojos en el lugar en sombras donde intuía el rostro de Ansel. No bizqueó, aunque debía de tener los ojos empañados. El sol le atravesaba la barba, revelando los ángulos marcados de un rostro que apenas ocultaba. Típico oriundo de Leah, desde la simetría de las cejas hasta la larga nariz recta y la perfecta geometría de la mandíbula. A excepción del sudor, nada en él apuntaba la posibilidad de que estuviese inquieto. Y si lo estaba, antes muerto que dar muestras de ello.

«Éste se les va a atragantar.»

El silencio que reinaba en el salón se espesó. El acusador revolvió, irritado, los papeles, mirando de reojo al preceptor. Incluso el polvo que había en el ambiente pareció detenerse, suspendido como moscas en ámbar. En los bancos, los jerarcas se inclinaron hacia adelante.

Ansel salió a la luz. El cabello claro llameó en torno a su cabeza como un halo cuando tomó de manos del acusador la relación de los cargos. La curia se levantó con crujido de bancos y frufrú de túnicas.

—Se te acusa de numerosos actos de brujería, cuyos detalles ha examinado con atención esta asamblea —manifestó Ansel, leyendo el documento que tenía en la mano—. El rede ha inspeccionado las pruebas presentadas, incluida la declaración jurada del Anciano Goran. También hemos atendido testimonios de otros testigos, hechos bajo juramento en esta misma sala, así como los informes referentes a tu confesión.

Miró a Gair a los ojos. El muchacho ni siquiera pestañeó.

—El rede ha emitido un veredicto. ¿Estás preparado para escucharlo, hijo mío?

—Lo estoy, mi señor.

Alderan negó con la cabeza.

«La diosa lo bendiga, ¡hay que ver cómo mira a la condenación a los ojos!»

El preceptor hizo una pausa, consciente de que toda la sala había depositado en él su atención.

—Presta oídos al fallo del rede. —Ansel pronunció estas palabras sin inflexión alguna en la voz, frío como una piedra—. Consideramos al acusado culpable de todos los cargos imputados y lo sentenciamos a morir en la hoguera.

Gair se asió con fuerza al pasamano y juntó las rodillas. No estaba dispuesto a caerse otra vez. ¡Jamás! El veredicto reverberaba en su oído.

«Sé luz y consuelo ahora y en la hora de mi muerte, oh, madre. Si aún puedes oírme: no quiero morir.»

—Sin embargo...

Ansel arrugó el papel. El acusador pestañeó. Frente a él, el hermano cronista miró al preceptor a través de las lentes, con los labios húmedos, arrugados como una hoja de papel que se abre poco a poco después de haberla estrujado en las manos.

—Queda constancia de una petición de clemencia que alude a tu buen carácter y conducta previos. El rede debe tener esto en cuenta, razón por la cual se conmuta la sentencia por la imposición de una marca al hierro, la excomunió de la fe eadoriana y la expulsión de esta parroquia bajo pena de muerte. Tienes hasta el anochecer de hoy. Que la diosa se apiade de tu alma.

El bastón de Ansel golpeó tres veces la tarima. Gair abrió los ojos con cara de pasmo. ¿Un indulto? Pero ¿cómo? Debía de haberlo entendido mal. Aún tenía en el oído el monótono crepitar de las llamas.

—¡Esto es absurdo! —El Anciano Goran descendió por el pasillo que separaba las hileras de bancos, procedente de la parte izquierda de la sala. Una viva tonalidad púrpura se había adueñado de su rostro carnos—. ¡Menuda atrocidad, Ansel! ¡Exijo saber quién presentó esa súplica!

—No puedo decírtelo, Goran. Ya lo sabes. Fue presentada bajo sobre cerrado y, por tanto, es anónima. La ley consistorial es muy clara en ese particular.

—La brujería se castiga con la muerte —insistió Goran—. No puede conmutarse la sentencia, no puede apelarse. Eso dice el *Libro de Eador*: «No sufrirás la vida de un brujo. Rehúye la obra del mal, o arriésgate a que ponga en peligro tu alma». Esto no es justicia. ¡Es un insulto a la diosa!

—Haya paz, Goran. —Ansel levantó la mano cuando se alzaron murmullos de protesta procedentes de los bancos—. Y eso va por todos los presentes. No es la primera vez que lo discutimos, y no servirá de nada volver a hacerlo. Este rede ha concluido.

—¡Debo protestar, preceptor! Este individuo se ha desviado del camino que lleva a la verdadera diosa, la única. Ha socavado la santidad de la orden suvaeana, instigado quién sabe qué corruptelas y depravaciones entre nosotros. Ha cometido actos de brujería aquí, en tierra santa. ¡Debe ser castigado!

El sol caía a plomo sobre el rostro de Gair. Estaba mareado y se aferraba al pasamano para no derrumbarse. En el extremo opuesto de la sala, Danilar se inclinó hacia adelante en el asiento.

—¿No crees que el joven ha recibido ya suficiente castigo, Goran? —preguntó, templado, el capellán—. Una vez le impongan la marca, jamás será bienvenido en un lugar de culto. Nunca podrá casarse, ni tener niños que sean bendecidos y aceptados en la fe. Eso lo acompañará hasta la tumba, además del odio y la suspicacia de sus vecinos. ¿Acaso no es suficiente?

—La brujería se castiga con la muerte. —Goran se descargó un manotazo en la otra mano carnosa para reforzar su discurso—. No podemos saltárnoslo por el hecho de que el acusado sea uno de los nuestros. Quienquiera que cometa el pecado de Corlainn compartirá el castigo impuesto a Corlainn. Debe arder en la hoguera.

Se alzaron voces airadas para mostrar su apoyo a Goran. Hubo muchos aspavientos y no pocos rostros fruncidos en expresiones agriadas. Palabras llenas de odio que acuchillaron los oídos de Gair, quien mantuvo, no obstante, los ojos clavados en el preceptor, cuya intervención era lo único que lo mantenía lejos del fuego.

«Por favor, no permitas que me ejecuten.»

Ansel levantó la mano para pedir silencio, gesto que fue ignorado. Las exigencias procedentes de ambas hileras de bancos enrarecieron el ambiente. Con el entrecejo arrugado, hundió el extremo del bastón en la tarima con tal fuerza que el golpe reverberó como la campana de la sacristía.

—¡He dictado sentencia! —aulló—. Es responsabilidad del rede determinar el veredicto. La mía consiste en establecer la sentencia y velar por su cumplimiento. ¡De modo que ya basta!

La curia cedió, adoptando un murmullo grave, vengativo, hasta que finalmente guardó un silencio que hablaba a espaldas de su honda desaprobación. Goran permaneció en el banco frontal, los ojos muy abiertos.

—Que la gloria sea con la diosa. —Ansel colocó el bastón entre sus pies—. Sois discípulos de Endirion, hermanos míos, no una pandilla de escolares revoltosos. Y ahora id con la diosa. El rede ha concluido.

Unos cuantos murmullos obstinados de protesta empujaron al preceptor a inclinarse hacia adelante hasta verse iluminado por la luz del sol. En su rostro surcado de arrugas, los labios se fruncieron en una mueca de disgusto y los ojos azules le relampaguearon.

—¡Ya basta, he dicho!

—Esto no acaba aquí, Ansel. —Goran señaló a Gair con el dedo—. Aún dará qué hablar.

Y caminó en dirección a la puerta, mientras sus partidarios hacían piña en torno a él. El resto de los jefes descendió de las hileras de bancos y lo siguió al exterior de la sala entre el frufrú de las túnicas. Gair apoyó el peso del cuerpo en el pasamano. La sesión había terminado y él seguía con vida. No sabía cómo. Antes de tener siquiera un instante para saborear el rumbo que había tomado la situación, los alguaciles lo desataron y lo obligaron a caminar por el suelo cubierto de baldosas de mármol. Volvió la vista atrás, pero Ansel ya no le prestaba atención.

Ya en el vestíbulo, la escolta lo llevó a empujones por una puerta lateral que daba a un pasadizo cerrado que descendía. Salieron a un patio redondo lleno de piedras quebradas y renegridas que bordeaban el hueco donde se clavaba el poste.

El patio de los traidores, el lugar donde Corlainn *el Hereje* había pagado con su vida los pecados cometidos durante las guerras de la Fundación; donde los habitantes de Dremen habrían acudido a ver cómo quemaban a otro brujo en la hoguera. Los balcones estaban vacíos, y desde arriba no se veía más que la estaca chamuscada con las correas de cuero clavadas a su alrededor. Junto a la estaca había un brasero que atendía un tipo descamisado y rechoncho con delantal de herrador. Sobre el brasero el calor danzaba en el aire. El hierro hundido en el carbón estaba al rojo casi hasta la empuñadura. La desesperación se adueñó del estómago de Gair cuando lo empujaron al sol.

A unos pies del herrador vio a un hombre engallado, vestido con cota de malla y sobrevesta de alguacil. Un hilo de oro bordeaba la divisa del guantelete que llevaba en el pecho, y el cordón dorado de preboste le colgaba en torno al brazo.

Los alguaciles se pusieron firmes. Bredon inclinó levemente la cabeza para responder al saludo. Unos ojos oscuros, en sombras, miraron a Gair sin delatar la menor emoción.

—Te lo ruego, mi señor... —Y Gair pensó: «No lo hagas».

Las arrugas que discurrían desde la nariz aguileña a la boca se hicieron un poco más pronunciadas.

—¿Está preparado el reo para afrontar la sentencia? —preguntó Bredon.

El herrador aferró la cabeza de Gair con manos callosas para abrirle las pestañas con los pulgares. El preso hizo ademán de echarla hacia atrás cuando la luz del sol le hirió las retinas. A continuación, el herrador le dio un pellizco en el brazo, lo bastante fuerte para que le doliera.

—Los he visto en mejor estado —gruñó el interpelado—, pero al menos está en pie.

—Procede.

La escolta de Gair lo arrastró hacia el tocón. Una patada detrás de la rodilla lo obligó a postrarse, momento en que abrieron la esposa de la muñeca izquierda. Lanzó un manotazo al aire con la cadena, pero no alcanzó a nadie. La empuñadura de la maza del alguacil le alcanzó en un lateral de la cara.

—Estate quieto, aberración —espetó el alguacil—. ¡Afronta tu castigo como un hombre, como haría un caballero!

El sol de mediodía caía con gran intensidad, y las sombras que proyectaba eran negras y afiladas como dagas. Gair sentía el martilleo en el cráneo. Fue incapaz de concentrarse, ni de oponerse cuando le pusieron el brazo izquierdo sobre el tocón, mientras tiraban de la cadena del otro hasta colocárselo entre los omóplatos. Le metieron los dedos bajo una amplia grapa de hierro, y las correas de cuero se tensaron alrededor del codo y la muñeca. La sangre le goteaba por el rostro, manchando las piedras polvorientas como lluvia de verano.

En el brasero, el herrador cubrió con un retal de cuero la empuñadura de hierro, antes de retirarlo de las brasas. El extremo de color pajizo desprendió un penacho de humo, y a su alrededor el ambiente se enturbió.

«Ay, diosa... No.»

Gair forcejeó para librar la mano, pero las correas lo impidieron.

—No —logró decir. Fue un siseo que escapó entre los dientes apretados—. ¡Por favor, diosa! ¡No!

El calor latente lo alcanzó como un golpe cuando el herrador alineó con cuidado el hierro, casi con delicadeza, sobre el centro de la palma de su mano. La piel de Gair exudó. El herrador miró fugazmente en dirección a Bredon, en busca de un gesto de aprobación. Entonces aplicó el hierro.

2

ESTIRPE DE SOMBRA

El viento procedente de la cumbre nevada soplaba con una insistencia que cortaba el aliento. Gair había ascendido tan alto como se había atrevido, hasta un saliente rocoso situado a mayor altura que las copas de los árboles, hasta un punto donde la escasez de oxígeno y la temperatura bastaron para quemarle los pulmones. Él pertenecía a ese lugar. Allí arriba podía ser él mismo, sin que nada ni nadie lo observara, más que el firmamento.

Anduvo en dirección al saliente rocoso. Allí el viento soplaba alborotado, fuerte, gélido. Al igual que él, anhelaba desaparecer. Bajo el saliente se extendía la cordillera de Laraig Anor, un laberinto de granito negro, cubierto de nieve azulada, que esperaba al sol. No tardaría en coronar la cresta a su espalda. El cielo clareaba, las últimas estrellas habían desaparecido hacía rato. Simiel Portanoheceres no era sino un mero fantasma a poniente, amarillento como huesos viejos.

Dio otro paso. El viento lo aferró; extendió los brazos para abrazarlo. La salida del sol alcanzó el hombro de Tir Breann, al frente, cubriendo de luz la nieve que se antojó acero recién salido de la forja. Un último paso y los dedos de los pies acariciaron el borde mismo de la roca. Falta-ba muy poco. Se asomó al vacío. Sólo el viento mediaba entre él y la lenta caída hacia la nada, pero confió en él. El viento lo llevaría, como siempre. Mientras viviera no lo dejaría caer.

Los nervios le aceleraron el pulso. Se acercaba el nuevo día, que asomaba tras el horizonte. Abajo el valle contuvo el aliento. Otro instante, un abrir y cerrar de ojos, un latido de corazón. Ahora. Saltó.

Por un momento colgó suspendido. No ascendió, pero tampoco cayó, ni voló ni se precipitó, capturado como presa de un encantamiento en una esfera de delicadas islas de cristal. Los músculos se movieron,

superpuestos y enfrentados unos a otros, cambiando hueso y tendón en una compleja danza que le permitió cabalgar el viento. Perfecto. Las alas susurraron su canto en derredor. La luz del sol le caía en los hombros para convertir su piel en oro y fuego. «Perfecto.»

Y entonces cayó al vacío.

Gair despertó de golpe con una fuerte sacudida. Se quedó sin aliento, el estómago encogido, precipitándose aún en el estruendoso silencio de las montañas. Excepto que ya no estaba en las montañas. Los perros ladraban en la distancia, los carros pisaban el empedrado. ¿En la ciudad? No en la casa materna; la cama donde estaba tumbado era demasiado blanda y las sábanas demasiado delicadas. Entonces, ¿dónde estaba?

Se incorporó, sintiendo la palma de la mano izquierda envuelta en fuego.

—¡Santa madre!

Se llevó la mano al pecho y se desplomó en la almohada. Un grito copó sus sentidos: «Santa madre, diosa querida, pero cómo duele». Cerró con fuerza la otra mano en torno a la muñeca para distraerse hasta que el dolor empezó a ceder.

—Bebe esto. Te ayudará con el dolor.

Una mano le arrimó un tazón de barro a los labios. Detrás del tazón, Gair no distinguió más que una vaga silueta oculta en sombras, allí donde debía de estar su interlocutor.

—¿Dónde estamos?

—En una fonda llamada Roble y Águila, frente a la callejuela Cobri-za, en la parte occidental de Dremen. Te traje aquí desde la Puerta del Traidor.

—¿Eres físico?

—No soy más que un curandero. —Señaló con un gesto el tazón—. Eso te beneficiará más si te lo tragas. Sabe a rayos, pero confía en mí: te sentirás mejor después.

Gair tomó el tazón.

—¿Qué contiene?

—Athalina con un poco de corteza de sauce y malva blanca para tus heridas. Nada que vaya a perjudicarte.

La voz redonda de barítono resultaba reconfortante. Sin embargo...

—No sé quién eres.

—No te traje aquí para envenenarte en privado, muchacho. Bébetelo.

Gair contempló la sustancia lechosa de la taza y pensó que, después de todo, no tenía nada que perder. No le había mentado, pues sabía a

rayos. Contuvo el aliento y tomó tres tragos. El hombre recuperó el tazón vacío y lo dejó a un lado.

—Y ahora, un poco de luz para que podamos vernos.

Abrió una de las contraventanas. La luz vespertina inundó la estancia, reluciente como un estandarte. Iluminó a un tipo de gran estatura y complexión esquelética, cuyos ojos, de un azul intenso, quedaban enmarcados por una barba corta cubierta de canas y unas cejas pobladas. El pelo, espeso y ondulado, blanco como la barba, se le curvaba alrededor de las orejas como la melena de un león pético.

—¿Demasiada luz?

—No, está bien.

Aunque Gair mantuvo los ojos entrecerrados, soportó bien la luz. El hombre acercó una silla, le dio la vuelta y tomó asiento, apoyando los brazos en el respaldo. Bajo la capa de vello plateado, los músculos nudosos del antebrazo tenían el color de la teca.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—Bastante bien. Algo dolorido.

—La athalina no tardará en hacer efecto. Mano de Hierro no es mala gente, pero algunos de sus alguaciles son muy aficionados a darle a la maza.

—¿Conoces a Bredon?

—Por su reputación.

La mano izquierda de Gair descansaba en el regazo, enroscada como las garras de un ave muerta. La gasa diáfana que le envolvía la palma desprendía un acre olor a hierbas. Marcado. ¿Qué aspecto tendría? ¿Hinchada y enrojecida, llena de ampollas que le cubrían la piel como las burbujas de un guiso? «Diosa, perdóname.» Se frotó los ojos, cansado.

—Procura dejar quieta la mano, a ser posible. Teniendo en cuenta lo que hicieron, no está tan mal. Curará bien, aunque te quedará cicatriz.

La marca de la brujería. Un ojo de mirada sesgada, fruncido, que miraba desde su palma para recordarle su pecado y para prevenir a otros contra él. Podía llevar guantes, tener siempre las manos sucias. Mantenerla oculta. Se le hizo un nudo amargo en el estómago. Verse desterrado no era algo precisamente nuevo para él. Por los santos, menudo dolor de cabeza.

—¿Por qué me has traído aquí?

—Necesitabas un lugar donde quedarte. Éste era tan bueno como cualquier otro.

—Podrías haberme dejado allí.

—No, no podía. Se había congregado una multitud que te esperaba

a las puertas, dispuesta a terminar lo que habían empezado en la casa materna. No estaba dispuesto a cruzarme de brazos y dejar que te asesinaran.

—Pero tú sabes quién soy.

Una sonrisa le crispó la barba.

—Sé lo que la Iglesia piensa que eres, lo cual no es precisamente una y la misma cosa. —Le tendió la mano—. Me llamo Alderan.

Gair se lo quedó mirando. ¿Quién era ese hombre? ¿Por qué se había empeñado en ayudar a un extraño, cuando podría haber pasado de largo por la plaza sin inmiscuirse en cuitas ajenas? ¿Por qué buscarse problemas? La expresión franca y apacible de Alderan no experimentó el menor cambio, y mantuvo la mano tendida en dirección a la cama. Gair la estrechó lentamente.

—Gair.

—¿Y tu apellido familiar?

—No tengo familia.

—Los amigos son la mejor familia, tal como decía mi madre. Al menos son lo único que se puede escoger. —La silla crujió cuando Alderan se puso en pie—. Descansa un rato aquí, deja que la athalina haga efecto. Luego, cuando te encuentres mejor, seguiremos hablando. Mañana tendremos tiempo de sobra.

«Tienes hasta el anochecer de hoy.»

—¿Qué hora es?

—Pasan tres horas del mediodía. Alta tañó mientras dormías.

El miedo se extendió con tacto gélido por la columna vertebral de Gair.

—Al anochecer tengo que haber abandonado la parroquia.

—Hay tiempo de sobras.

—No lo entiendes. Debo irme ya.

Descolgó las piernas por el borde de la cama y se incorporó, pero la estancia giró a su alrededor. Eso había sido un error. Pero el tiempo pasaba, y no podía desperdiciarlo. Descargas amarillentas incendiaron encarnados latidos tras sus ojos, pero apretó con fuerza la mandíbula e intentó ponerse en pie. Alderan le puso una mano en el hombro.

—Espera.

—Aprecio lo que has hecho por mí, pero tengo que ponerme en marcha.

La mano ejerció mayor presión.

—Espera he dicho.

—Maldición, Alderan, ¡es que tengo que irme!

Gair hizo un esfuerzo por levantarse, pero al otro le bastó con mantener la escasa presión que ejercía para impedirselo. No tendría que haberle costado imponerse, pero ni siquiera pudo apartarse de la cama. Pataleó frustrado. Alderan se hizo a un lado con la agilidad de un bailarín.

—¡Por las doradas manzanas de la diosa, muchacho! —exclamó—. ¿Siempre tienes que complicarlo todo tanto?

Gair perdía fuerzas como gotas de agua que caen de un cubo agujereado, y finalmente se desplomó sobre las almohadas. Le dolía la cabeza horrores. Experimentó una fuerte náusea que desapareció, dejándole un regusto amargo en la garganta. El anciano lanzó un bufido y volvió a sentarse.

—Deja que te ayude. Dispongo de un caballo de más en el establo, así que podremos superar la frontera antes del anochecer sin llamar la atención de nadie. Si te empeñas en hacerlo a pie no lograrás salir de aquí a tiempo, los alguaciles se encargaron de ello cuando te dieron esa somanta de palos. Además, necesitas un baño y un afeitado, por no mencionar que no tienes nada que ponerte. Y ahora podemos discutir al respecto si quieres, o puedes quedarte bien quieto y reconocer que lo que digo tiene sentido. ¿Qué prefieres?

—No haces más que buscarte problemas. Podría conseguir un caballo si lo necesitara.

—¿Robándolo? ¿Y qué me dices de la ropa? ¿También la robarías?

—Si no tengo más remedio...

Alderan hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No lo creo. No dispones del tiempo necesario, y me atrevería a decir que careces del temperamento para acechar por la ciudad en cueros con el fin de sustraer al prójimo todo cuanto necesites. —Las arrugas que tenía alrededor de los ojos se ablandaron cuando la voz se le suavizó—: No pretendo hacerte daño, Gair. De veras. Confía en mí, por favor.

Si no se sintiera tan indefenso... Tenía que ponerse en marcha, salir de la ciudad sin demorarse más, pero apenas era capaz de mover un dedo. La cama era muy cómoda, las sábanas suaves al tacto en la piel, y su cuerpo maltrecho quería hacerse un ovillo y dejarse arrastrar por el sueño. Dormir, por todos los santos. Hacía tanto de eso. Cerró los ojos cuando la somnolencia acarició su mente.

—Tengo que salir de aquí.

—Pues deja que te ayude.

—Si me atrapan de nuevo acabaré en la hoguera.

—Sólo tenemos que asegurarnos de ir siempre unos pasos por delan-

te de ellos –dijo Alderan con el amago de una sonrisa–. Por cierto, no creo que seas brujo. Lo único que veo es un joven con problemas a quien estoy en posición de ayudar. Si no quieres mi ayuda, es tu elección. No voy a obligarte a aceptarla. Puedes marcharte ahora mismo, pero créeme, tienes escasas posibilidades de lograrlo. Si los caballeros no te apresan, lo harán los lugareños.

Después de diez años en Dremen, Gair no necesitaba que le dijeran qué le sucedería a cualquier persona excomulgada, sentenciada a muerte en la ciudad santa. Le gustara o no, necesitaba a Alderan. Hizo un esfuerzo por mirarlo a la cara.

–He sido muy grosero. Lo siento. Gracias por tu ayuda.

–De nada. –No hubo asomo de rencor en la voz de Alderan–. Te espera un baño caliente al otro lado de esa puerta; te sugiero que lo aproveches. Yo me encargaré del resto.

–¿Qué vamos a hacer?

–Para empezar, salir de la ciudad. Después ya veremos. ¿Siempre haces tantas preguntas?

–¿Cómo sabes que no voy a convertirte en rana y robarte el caballo?

¿Podía hacerlo? Probablemente, si la magia no quemaba la fonda hasta los cimientos o le descomponía la cabeza en mil pedazos. Si la magia regresaba algún día.

–No dudo que puedas hacer tal cosa, pero no creo que lo hagas. –El anciano lo miró de soslayo con expresión divertida–. Además, ¿quién te dice a ti que yo no soy brujo? Y ahora, por el amor de Eador, ve a asearte, anda. Apesta.

El baño estaba alicatado con hermosa cerámica azul y blanca de Syfrian. Dominaba el espacio una bañera impresionante, honda, medio llena de agua caliente. Toallas dobladas y una pastilla de jabón descansaban en un taburete que había junto al lavamanos. Un amante del detalle había colocado una serie de esponjas, paños y un cepillo de mango largo sobre una repisa situada encima de la bañera.

Gair se encaramó a la bañera, cuidando de mantener la mano quemada en alto. Luego recostó la espalda hasta que el agua le cubrió las orejas. Silencio. Nada a excepción del susurro de la sangre corriendo por sus venas y la lenta pulsación de sus heridas. Por fin la athalina surtía efecto, despejándole el dolor de cabeza. Incluso el dolor de la mano empezaba a ceder. Era consciente de su presencia y de a qué obedecía,

pero ya no era tan intenso, se había vuelto indistinto como un paisaje oculto por la bruma.

La música no había vuelto. Tanteó con cuidado el lugar donde la sabía, abriéndose paso en el vacío como quien prueba a encontrar con la lengua un diente perdido. No había nada allí. Hubo un momento en que le pareció notar algo, una presencia, como si otra persona estuviese detrás de él en un cuarto oscuro, pero fue tan huidiza la sensación que no estuvo seguro siquiera de haberla experimentado. Quizá había desaparecido para siempre, y con ella la tentación. Quizá estaba loco como un santo, y abriría los ojos en un instante para descubrir que todo aquello no había sido más que otro sueño, verse de nuevo en la celda, esperando a recibir la visita de los interrogadores.

No. No volvería a pensar en la habitación de hierro, ni en lo sucedido en el salón del rede. Aspiró aire con fuerza y lo expulsó lentamente. Todo aquello había quedado atrás. Músculo a músculo, hizo un esfuerzo por relajarse, por cerrar puertas a los recuerdos a medida que discurrían por su mente, para ponerlos a buen resguardo. Su peso se desvaneció con el sudor y la mugre que se desprendían de su piel. De acuerdo. Por ahora bastaría. Era hora de ponerse en movimiento. Se incorporó y recurrió a la pastilla de jabón para limpiarse los últimos restos de la casa materna.

Cuando hubo terminado, se frotó con la toalla tan bien como pudo y anadeó hasta el lavamanos, donde le habían dejado una cuchilla y un peine. Inclínó el espejo y éste se llenó de color. Las contusiones florecían en el vientre, en el esternón y la ingle. Azul violeta, verde musgo, el negro púrpura del lirio. Se secó con la mano las gotas de agua, recordando. Las magulladuras deberían de dolerle tanto que ni siquiera podría tenerse en pie, pero no sentía ningún dolor. Quizá tenía que agradecerse a la sustancia que le había suministrado Alderan, o tal vez había encerrado el dolor en una caja junto al resto de sus recuerdos. No importaba. No volvería a pensar en ello. Salir de la ciudad ya era bastante preocupación. Se ató la toalla húmeda a la cintura y se enjabonó la barba.

Cuando Gair regresó a la habitación, cubierto por una túnica de lino que había encontrado colgada tras la puerta, Alderan estaba sentado a la mesa, junto a una bandeja cubierta por una servilleta. Levantó la vista al sentarse Gair.

—¿Te encuentras mejor?

Gair cabeceó en sentido afirmativo. No le había resultado fácil afeitarse con una cuchilla nueva, disponiendo únicamente de una mano. Tenía el rostro y el cuello sonrosados como los del joven que era. Alderan empujó la bandeja por encima de la mesa.

—Pensé que tendrías hambre —dijo, apartando la servilleta—. Da la impresión de que has perdido peso.

Varias porciones de coca de chicharrón se apilaban en un plato. Había pan recién horneado y mantequilla. Carnes varias a la brasa y encurtidos, además de un cuenco lleno de fruta y una jarra de leche fría para bajarlo todo. A Gair le gruñó el estómago. Con la mano izquierda trazó en el aire el signo de la bendición antes de acordarse de su situación. Apresuró el agradecimiento a la bondad de la diosa y dejó la mano en el regazo, donde no pudiera verla.

—Es la fuerza de la costumbre —se disculpó.

—Si yo hubiera pasado por lo que tú, también daría las gracias por una coca de chicharrón —aseguró Alderan, que pelaba una manzana—. Pero come tranquilo o te sentará mal. Doy por sentado que no te dieron de comer adecuadamente.

—Cuando se acordaban, me daban de comer y de beber. Pero ni el agua ni el alimento eran precisamente del día.

Cuando Gair mordió la coca de chicharrón, experimentó una explosión de sabor en el paladar. Maravillosa. Nada que le hubiesen servido en la sala de banquetes del emperador habría podido superarla.

—¿Cuánto tiempo te tuvieron preso?

El joven se encogió de hombros antes de responder.

—Me arrestaron el día de San Saren, en primavera. ¿Qué día es hoy? He perdido la cuenta.

—El cuarto pasada la canícula.

Gair dejó de masticar. Tres meses. Y algo. Un centenar de días, una eternidad en esa celda forrada de hierro. Desaparecidos. Tragó con dificultad. Alderan lo observó, jugando con el cuchillo que tenía en la mano.

—Por lo general la curia no tarda tanto en alcanzar una decisión. Tú debiste ponerles en un buen brete.

—Supongo.

Aunque la pregunta era bastante sencilla, Alderan no la había formulado directamente. Gair apuró el vaso de leche después de dar el último bocado a la coca, y luego se sirvió otro. A continuación probó el rosbif, que enrolló con los dedos. No se había enfriado, y goteaba de él una succulenta salsa. Extendió la mano para alcanzar otro pedazo.

—¿Desde cuándo eres capaz de oír la música?

—¿Qué música? —preguntó Gair, mientras pensaba: «De modo que lo sabe».

—Se extendió por la ciudad el rumor de que los caballeros iban a sentenciar a un brujo. Sólo una persona salió por la Puerta del Traidor,

arrojado como una alfombra vieja. —Alderan mordió uno de los trozos de manzana que había cortado—. ¿Desde cuándo eres capaz de oír la música? —insistió con la boca llena.

—No sé a qué te refieres.

Otro corte de manzana siguió al primero.

—Suele manifestarse por primera vez a los diez u once años, dos arriba dos abajo, aunque a menudo se producen signos antes. Cobra mayor fuerza cuando al joven le cambia la voz, o el pelo le crece en brazos y piernas como la mala hierba después de llover. Luego aprende a usarla, en cierto modo. Al principio son cosas pequeñas, como encender velas, pero poco a poco cobra fuerza en su interior hasta que aprende a controlarla, antes de que ella acabe controlándolo a él. —Un tercer pedazo de manzana precedió a la sonrisa de Alderan—. ¿Qué tal lo estoy haciendo?

Lo sabía. Gair no supo decir cómo, ni quién era ese hombre, pero había descrito el proceso como si lo hubiera leído en un libro. Extendió la palma de la mano sana en la superficie de la mesa como si con ello pudiera evitar caerse de la silla. La habitación había oscilado sobre el eje de la vertical y ya no sabía distinguir lo que estaba arriba de lo que estaba abajo.

—Te has acercado bastante. ¿Cómo lo sabes?

—Siempre sucede del mismo modo. Más o menos. He conocido a otros como tú, y sus historias sólo se diferencian en los detalles. ¿Por qué no me cuentas lo que pasó?

—No creo que vaya a sorprenderte.

—Cuéntamelo de todos modos. Así tenemos algo de que hablar mientras comemos. —Alderan terminó la manzana—. ¿Te han puesto mostaza? Ese rosbif tiene muy buena pinta.

«¿Cómo es posible que no le dé ninguna importancia? La magia es pecado mortal: yo condenado por toda la eternidad, ¡y mientras él podría estar hablando del precio del grano! ¿Cómo es posible que sepa tanto acerca de mi vida?»

Desconcertado, bregando con el inicio de un nuevo dolor de cabeza, Gair se lo contó.

—Empezó a manifestarse cuando era pequeño, puede que a los cinco años. Me colé en la despensa en busca del mazapán, pero era demasiado pequeño para alcanzar la jarra, que estaba al fondo del estante. Lo intenté hasta que extendí las manos y deseé con todas mis fuerzas que la jarra se moviese hacia mí. Comí tanto que acabé vomitando en la alfombra preferida de mi madre adoptiva.

—¿Le contaste lo sucedido?

—No me creyó. Pensó que una de las doncellas me había dado la

jarra, o la había puesto a mi alcance. Insistí en que mi historia era la verdad. No quería que las doncellas tuvieran problemas por algo que no habían hecho, pero no sirvió de nada. El aya me zurró con la zapatilla por contar mentiras.

—¿Y qué pasó después?

Gair se rascó la frente. El dolor de cabeza se le había sentado tras los ojos, no era jaqueca, sino un dolor sordo, como pinchazos en el cerebro.

—Ah, pues más o menos lo que has contado. Empecé por cosas sin importancia. Podía encender la luz sin tener la vela al alcance de la mano, o prender fuego sin yesca y pedernal. La música llegó después, el verano siguiente de mi décimo cumpleaños.

Al principio fue emocionante tener un secreto que nadie conocía. Había pasado horas practicando en lugares apartados con una vela tomada de la despensa de la castellana, a pesar de que sabía que recibiría algo más que una simple azotaina si lo descubrían. Al cabo de un tiempo empezó a escuchar la música, al principio sólo cuando practicaba la magia, pero después fue continuamente, cosida a su conciencia cada segundo del día. Más adelante, las llamas se negaron a prenderse cuando él se lo pidió, y las velas saltaron en mil pedazos de ardiente cera. Al cabo, la música se convirtió en chillido.

—¿Cómo acabaste en la casa materna?

Como era mayor para la guardería, tuvo cuarto propio, arriba, bajo el tejado. Se había acostumbrado a la intimidad, y a encender una luz cuando se apagaba la vela para seguir leyendo. Se había sumergido en las páginas de *El príncipe Corum y los cuarenta caballeros* pasada la medianoche, cuando la castellana Kemerode llamó a su puerta para recordarle que era hora de dormir. No había oído los golpes, ni cómo se abrió la puerta, pero sí oyó el grito que dio ella al ver la luz que le alumbraba la lectura.

«¿Aberración!» El horror la hizo formar una «o» con los labios, mientras se santiguaba con mano temblorosa. «¡Ay, por la dama, traed al lector, rápido! El muchacho es un vástago de la sombra.»

Y eso fue lo que sucedió. Su madre adoptiva derramó en silencio amargas lágrimas, mientras el marido daba rienda suelta a su enfado por el modo en que Gair había recompensado el techo que habían puesto sobre su cabeza y la comida que le habían servido en el plato. Entonces acudió el lector. Antes de que hubiera pasado un día, montaron a Gair a caballo y lo enviaron al norte. No era más que un joven que aferraba una espada muy pesada y larga contra el pecho, agradecido por la lluvia que le caía en el rostro, lluvia que evitaba que el saco de huesos de vicario que viajaba en la parte de atrás de la silla lo viese llorar.

La ira y la vergüenza brillaron de nuevo con luz mortecina, y la humillación relampagueó como ascuas avivadas. Aún le dolía, a pesar del tiempo transcurrido.

—¿Gair?

—Me despisté. —No lo expresé con la locuacidad que pretendía—. El ama me pilló con la luz que había conjurado, por tanto la familia no pudo seguir albergándome. A falta de una solución mejor, confiaron mi educación a la Iglesia. Y mira lo que pasó.

—¿Qué edad tenías?

—Once años. —Gair tomó con la yema del dedo las migajas que había dejado el queso, y la lamió—. Por tanto tampoco te equivocaste en eso.

—Y te las apañaste para mantenerlo en secreto durante ¿cuánto? ¿Otros diez años?

—Hasta que alguien me vio cuando me creía a solas. Fue uno de los otros novicios, creo. Se fue corriendo a ver al Anciano Goran, y Goran presentó los cargos. Los alguaciles acudieron esa noche, a la hora de cenar.

Lo sacaron a rastras del refectorio, para que el resto de los novicios, que dejaron caer las cucharas por el asombro, pudiera ver con quién habían convivido. Había sentido el peso de las miradas de sus amigos mientras se lo llevaban. Nadie había pronunciado una palabra.

El dolor de cabeza había empeorado. Era un dolor interno de tal intensidad que le impedía pensar con claridad. Gair volvió a masajearse la frente.

—Creo que ya conoces el resto.

—En su mayor parte, al menos. ¿Te encuentras bien?

—No es más que un fuerte dolor de cabeza, no te preocupes.

—¿Está ahí la música?

—No. Desde esta mañana no he vuelto a escucharla. —Se pellizcó el puente de la nariz y deslizó los dedos, hasta las cejas—. Por los santos que es como una picadura de avispa.

—¿Qué? —preguntó Alderan, arrugando el entrecejo.

—Me refiero al dolor de cabeza. Es como tener avispas bajo la piel.

—¿Cuánto hace que te sientes así?

—No mucho, puede que unos diez minutos. ¿Por?

El anciano hizo a un lado el plato y se levantó.

—Tenemos que irnos. Vamos.

—Pero ¿qué pasa?

—Corre el rumor de que Goran dispone de un cazabrujos —explicó Alderan—. Y creo que acaba de ganarse el jornal.

3

EL MASTÍN DE GORAN

El pánico batió un ala a la altura del pecho de Gair.
–Voy a necesitar algo de ropa.
–Ya me he encargado de ello.

Alderan señaló un bulto que descansaba sobre el banco situado junto al hogar. Envuelto por una recia capa de invierno, Gair encontró varias camisas, un par de calzones y un jubón de zalea, todo ello perfectamente limpio a pesar de no ser nuevo. Aquella ropa le pertenecía.

–¿De dónde la has sacado? –preguntó. Todo estaba ahí, incluida la ropa interior. Incluso las botas.

–Gracias a las limosnas del capellán. Di a entender que la orden te debía algo de caridad. Me parece que esto también es tuyo.

Alderan desató un amplio cinto del respaldo de la silla. Del cinto colgaba una espada de hoja larga enfundada en una sencilla vaina de cuero que colocó junto a los platos.

Gair dejó la ropa y regresó a la mesa. La espada era el arma sencilla de un soldado, sin adornos, con tachones en el puño para asegurar el agarre y una piedra de feldespatos engarzada en el centro a modo de adorno. El cinto oscuro era más flexible de lo habitual debido al uso, gastado bajo la hebilla. De todas las cosas confiscadas por los alguaciles del preboste cuando lo arrestaron, aquél era el único objeto que realmente había querido recuperar, aunque fuese tan modesto como el resto. Acarició la empuñadura con los dedos.

–No pensé que volvería a verla.

–¿Tiene valor para ti?

–Es lo único que tengo que realmente me pertenece. La Iglesia me dio el resto.

–Ya me lo agradecerás después. Tenemos que ponernos en marcha.

—Alderan sacó de un armario las alforjas y las mantas, y lo amontonó todo en el suelo—. ¡Aprisa, leahno!

Gair aflojó la espada y tiró de ella hasta dejar una parte al desnudo. El pesado acero de doble hoja relució bajo el lustre que le proporcionaba una fina capa de aceite. Oyó de nuevo la voz de su padre adoptivo, dura, rasposa: «Tómala, con el tiempo quizá puedas darle uso. Si la diosa te da el coraje necesario, caerás empuñándola». Deslizó de nuevo la espada en la vaina hasta la empuñadura.

—Gracias, Alderan, no sé cómo recompensar toda tu amabilidad.

El anciano restó importancia a sus palabras con un gesto, acompañado por un encogimiento de hombros.

—No hace falta. No estaba dispuesto a dejarte allí, y estoy convencido de que si nuestros papeles se hubiesen invertido tú habrías hecho lo mismo.

—Hasta que eso suceda estoy en deuda contigo.

—Considéralo un préstamo, pues. Cuando se me ocurra algo que puedas hacer por mí, te lo diré y así estaremos en paz. ¿Hecho?

—Hecho.

—Una vez satisfecho el honor, ¿vas a vestirte de una vez, por el amor de los santos? —Algunos útiles para acampar se sumaron a la pila con estruendo de latón—. ¿O tienes planeado enfrentarte al cazabrujos llevando sólo una túnica que apenas te cubre las pelotas?

En cuanto salieron del establo, Gair sintió las miradas. Aunque no veía a nadie mirarlo, y por lo que Alderan le había contado de lo sucedido a la salida de la casa materna, el afeitado y la ropa lo volvían irreconocible, por mucho que imaginara que los extraños lo observaban. Se rebulló en la silla.

—Todo el mundo me está mirando.

—No es verdad, confía en mí —murmuró el anciano a modo de réplica—. Relájate. Haz como si disfrutaras del paseo y estaremos fuera de la ciudad antes de que te des cuenta.

—Para ti es fácil decirlo —masculló Gair—. A ti no te han sentenciado a muerte.

Observó a la multitud que los rodeaba mientras se abrían paso por la concurrida encrucijada. El caballo prestado echó la cabeza atrás, forcejeando con el bocado.

—Son imaginaciones tuyas. Por los santos, muchacho, ¡respira! Estás tan tenso como una monja en una taberna de mala nota.

—No puedo evitarlo.

—Lo sé, pero estás incomodando al caballo y si sale disparado sí llamarás la atención.

Gair hizo un esfuerzo por mantenerse quieto en la silla. La mano derecha, con la que sostenía las riendas, descansaba en el muslo, y dejó que las caderas se adaptaran al ritmo del paso del caballo, en lugar de compensarlo. Para cuando llegaron al extremo opuesto del mercado del maíz y giraron al oeste, hacia la puerta de Anorien, el caballo andaba con mayor desenvoltura. Alderan le dirigió una inclinación de cabeza.

—Mucho mejor. Cuando te comportas como si tuvieras todo el derecho del mundo a estar en un lugar, la gente da por sentado que lo tienes. Por lo general, creemos lo que ven nuestros ojos.

—Hablas como un ratero.

—Pero no tengo aspecto de serlo, ¿verdad? El mejor ratero es quien tiene aspecto de ser un ciudadano normal y corriente. Comportarse de forma sospechosa es el modo más rápido de llamar la atención sobre uno mismo.

—Aún me siento como si todos nos estuvieran mirando.

El anciano rió entre dientes.

—¿Sabes cuánta gente franquea a diario esa puerta? ¿En una hora? Miles de personas. A simple vista seremos invisibles.

«Si sintiera la mitad de esa confianza...» Gair miró en torno, pero en esa ocasión lo hizo sin afectación alguna, proporcionándose un lugar donde reposar la vista que no fueran las orejas de su caballo. Nadie parecía prestarle atención, aunque cada vez que alguien cruzaba la mirada con él no podía evitar sentir una breve incomodidad.

—¿A qué distancia está la puerta?

—A menos de una milla. Mira, puedes ver las torres.

Siguió el gesto que hizo Alderan con la barbilla. Dos torres grises de planta cuadrada se dibujaban apenas en el extremo de la calle, con estandartes blancos flameando como plumas recortadas contra el cielo. El sol se hallaba a un palmo sobre ellas. Había tiempo de sobras, aunque estaba convencido de ver cómo se hundía poco a poco ante su mirada.

Al frente el gentío se hizo más denso y adoptaron una marcha lenta. Los carreteros se habían sentado en sus carros, y reían y se llamaban los unos a los otros sobre las cabezas de los transeúntes. Las señoras de Dremen, vestidas con falda larga y tocadas con cofia almidonada, iban hombro con hombro con cazadores belisthanos enfundados en piel de ante. Jóvenes nobles a lomos de ensillados caballos sardauki de impecable osamenta, obligados a ceder el paso a un granjero que perseguía una

puerca manchada de barro que no estaba interesada en dejarse vender. Las aves enjauladas protestaban, los buhoneros mostraban sus telas y encajes, y lentamente todo el mundo se acercaba a la puerta y la cinta serpenteante, polvorienta, que era el camino de Anorien.

Para cuando la sombra de la puerta cayó sobre él, Gair se mordía el labio, nervioso. La presencia del cazabrujos en su cabeza había perdido fuerza a medida que se acercaban a la puerta, lo que suponía que habían centrado la búsqueda en uno de los cuatro caminos que llevaban fuera de la ciudad santa. Eso esperaba. Tal como estaban las cosas, ya tenía los nervios lo bastante tensos, tensos como las cuerdas de un laúd.

Una partida de caballeros de la Iglesia montaba guardia en la puerta, relucientes las sobrevestas a pesar del polvo que había. Observaban la circulación de los lugareños, pero no movían un dedo para inspeccionar los carros que rodaban por el camino. Gair imaginó que le clavaban los ojos en la espalda en el preciso instante en que pasaron frente a ellos. Estuvo a punto de tragarse la lengua cuando oyó que uno exclamaba:

—¡Alto!

Alderan volvió la vista con expresión de mera curiosidad, aunque sus ojos examinaban cada detalle. Gair procuró emularlo, pero el corazón le latía con fuerza en el pecho. El carretón de un cervecero se encontraba justo enfrente de ambos. Tiraba de él un tiro de bayos con cintas encarnadas en torno a las crines. El cervecero se volvió en el asiento y se descubrió la cabeza para ver a los caballeros abrirse paso a través del tropel de gente. Gair miró de nuevo al frente. El gentío discurría hacia la puerta, y apenas había un hueco donde meterse. Hombres y caballos avanzaban a ambos lados de él, no había espacio ni para desmontar. Tenía la boca seca y una capa de sudor le cubría la espalda.

—Adelante, adelante —murmuró.

El alazán avanzaba con dificultad, incómodo por las angosturas en las que debía maniobrar. Alderan le puso una mano en el brazo.

—Tranquilo, no creo que vengan a por nosotros.

—¿Seguro?

—No del todo, así que mantente alerta. ¿Aún oyes a nuestro amigo?

—No tan bien como antes, pero sigue ahí.

Gair se incorporó sobre los estribos para mirar en derredor, pero los cuellos arqueados del tiro del carretón y la muralla que formaban los barriles le bloqueaban la vista. No había nada que ver, excepto hombres empapados en sudor y animales inquietos. En algún lugar al frente, unos bueyes levantaron la cola y sumaron su bovina protesta a la atmósfera cargada.

—Huele el aire fresco que se respira en el campo —propuso Alderan.

Gair miró en esa dirección. El espacio limitado y el ambiente turbio lo incomodaban, y cada minuto de espera arrancaba notas más punzantes de sus nervios tensos. Pero el anciano estaba tan tranquilo, despararrado sobre la silla de montar como un saco de nabos y hurgándose los dientes.

—¿Cómo puedes estar tan relajado? Aquí acabaremos aplastados por el ganado. No vamos a salir nunca —dijo Gair, volviendo de nuevo la mirada. Los guardias se acercaban y les oyó gritar al cervecero que se quitara de en medio.

Alderan hizo desaparecer lo que fuera que se había sacado de los dientes.

—No lo estoy, pero inquietarse no hará desaparecer a la muchedumbre. Únicamente tenemos que esperar. Estamos tardando más de lo previsto en salir de la ciudad, pero no hay nada que podamos hacer. Hay cosas en esta vida que son inmutables y que sencillamente hay que aceptar. La muerte. Los impuestos. Las colas. —Sonrió de pronto, como un zorro—. Mírate, muchacho. Nadie pensará que tienes algo que esconder.

Gair pronunció una palabra que le hubiese valido unos buenos azotes de la mano del maestro de novicios, y se sentó de nuevo en la silla. La risa de Alderan sonó alta y clara, rica en matices como un vino oscuro.

Finalmente los guardias llegaron a la altura del carretón. Gair miró rápidamente al frente y asió las riendas en previsión de lo que pudiera pasar. No podía soportarlo más. Si los caballeros iban a por él, no tenía ni idea de qué podía hacer. No había espacio siquiera para desenvainar la espada, y mucho menos para enfrentarse a ellos. Se mordió el labio e intentó salivar, pero seguía con la boca seca.

—¡Eh, maese carromatero! —gritó un guardia—. ¡Uno de tus barriles pierde!

«Gracias, madre misericordiosa.» Desaparecida toda la tensión, Gair apoyó el peso del cuerpo en la perilla y soltó un tembloroso suspiro. Alderan sonrió de nuevo, no sin cierta cordialidad.

Al frente la muchedumbre empezó a moverse. La presión aflojó, liberándolos por fin al sol vespertino. En cuanto pasaron de largo junto a las últimas casas arracimadas contra la muralla de la ciudad, Alderan llevó al caballo a un lado y detuvo la andadura a la sombra de unas matas.

—Bueno, ya ves que no ha ido tan mal, ¿eh? —dijo—. Estarás a salvo hasta que anochezca, e incluso entonces emprenderán la búsqueda de

un fugitivo, no de un joven noble y arrogante que ha salido a dar una vuelta a caballo por la campiña. –Gair frenó el paso ante la descripción–. Disculpa mis palabras, pero ése es el aspecto que tienes. Tiene algo que ver con el modo en que te mueves, como si el espacio que ocuparas te perteneciese. No creo que nadie sospeche siquiera que hace unas horas te dieron una paliza de órdago.

–¿Arrogante? –repitió Gair.

–Tal vez sea cosa de familia.

–No tengo familia. Me encontraron en el porche de la capilla a los pocos días de nacer.

–Eso tiene pinta de ser el arranque de un buen relato –dijo Alderan–. El joven huérfano con la marca de nacimiento en forma de corona que lo identifica como el heredero perdido del reino. Y etcétera.

Gair hizo un gesto de negación con la cabeza.

–Nada de coronas. Ni de reinos. El mocoso de un soldado confiado a la beneficencia.

Hacía tiempo que había elaborado esa historia. El nombre del día que le habían puesto era cercano a Atardecer; y calculando un período de gestación normal eso suponía que su madre había concebido al principio de la primavera, más o menos en torno al momento en que las levas locales se interpusieron en su camino a Leahaven para embarcar rumbo a Zhiman-dar, donde se reunía el ejército para su enfrentamiento final contra el Culto. No hacía falta mucha imaginación para intuir el resto.

Tal vez su padre fue un valiente, uno de los miles de soldados que perecieron en las sangrientas arenas de Samarak. O quizá la verdad fuera más prosaica y fue un vasallo quien engañó a una joven campesina, demasiado humilde, o avergonzada, para mantener al niño que alumbró mucho después de marcharse el soldado.

Mordiéndose el labio, Alderan le observó un instante, y después miró con ojos bizcos el camino polvoriento que discurría a lo largo de la orilla meridional del Awen, en dirección al sol poniente.

–Deberíamos continuar. Calculo que nos quedan unas dos horas de luz. ¿Te encuentras con fuerzas para galopar?

Gair se rebulló en la silla. Le dolían las contusiones, más a medida que los movimientos del caballo le estiraban los músculos. La ropa le rozaba las costras y sentía pinchazos en la espalda y las piernas, pero en el vientre era donde más se habían ensañado los interrogadores.

–Puedo intentarlo.

–Entonces pongamos distancia entre nosotros y esta ciudad.

El camino seguía el curso del río de oeste a sur, sobre un lateral del valle hasta los páramos donde se bifurcaba. Gair se volvió en la silla para mirar hacia atrás. Vista a distancia, Dremen era un revoltijo de techumbres de teja azul y chapiteles que se alzaban al cielo a través de la bruma nocturna. Parecía lo que era, una capital de provincias llena a rebosar de gentes ordinarias con vidas ordinarias, exceptuando la ciudad dentro de la ciudad que ocupaba la colina situada al norte del centro. Murallas de piedra blanca ceñían bóvedas y cúpulas doradas, cuyas superficies reflejaban la luz del sol sobre los ventanales y pendones que caían desde las torres elegantes. Las más elevadas eran las torres gemelas de la sacristía, que se alzaban al cielo como empeñadas en rozar la gloria de la mismísima diosa.

Casi a la misma altura, tras la ciudadela, se hallaba la casa materna. Era un edificio de aspecto tétrico hecho de gris granito dremeniano, e imponentes muros alrededor de la ciudad interna lo envolvían como un brazo de hierro. Sus torres eran toscas y regulares, sus ventanas rendijas vigilantes. La orden de Suvaeon había protegido la Iglesia durante más de dos mil años, defendiéndola contra infieles, cubiertos por la armadura de la honradez y escudos de fe, respaldados por buen acero syfriano. Su severa mole dominaba toda el área que se extendía entre la ciudad y el río, y amenazaba con seguir haciéndolo durante dos mil años más.

—Por aquí, muchacho —lo llamó Alderan, que se había adelantado. Pero Gair apenas lo oyó, perdido como estaba en sus recuerdos. Desde aquel mismo lugar, diez años atrás, había visto por primera vez la ciudad santa. Ahora, al igual que su hogar adoptivo, la ciudad le había dado la espalda. —Alderan acercó el caballo—. Incluso desde aquí parece un lugar duro.

—Es el único hogar que he conocido desde que tenía once años.

Gair tocó el vendaje de la mano izquierda. Para bien o para mal, la casa materna había impreso en él su marca, al igual que la magia anteriormente. Supo que nunca volvería a ser el mismo.

—La frontera no está muy lejos de aquí —señaló Alderan—. Podrías llegar a Leah en pocos días.

—¿Para qué?

—¿No tienes parientes allí? ¿Nadie que pueda albergarte uno o dos días?

—Ya te he dicho que no tengo a nadie.

—¿Has pensado adónde podrías ir?

—¿Y adónde voy a ir con esto? —preguntó levantando la mano izquierda.

«Maldita sea, no quiero hablar de ello. Sólo quiero marcharme, irme lo más lejos posible.»

Gair tiró de las riendas para que el caballo tomase la bifurcación derecha del camino. Llevaba al sudoeste por una meseta cubierta de brezo, en dirección a las montañas y, más allá, a Belistha. El camino era bueno, allanado tras siglos de servir de vía de paso a los viajeros, de modo que permitió que el caballo se dejase llevar. A unos pasos de distancia a su espalda oyó los gritos de Alderan, seguidos por el estampido de los cascos cuando el anciano puso la montura al galope. No se volvió para mirar hacia atrás.

Recorrieron una legua o más a medida que el sol se hundía en el cielo, hasta que la luna adquirió una cálida tonalidad encarnada. Cuando el camino los acercó al pie de las colinas salieron a un valle. Parte del sendero quedó oculto en sombras, por lo que Gair redujo el paso. Estaba demasiado cerca de la frontera de la parroquia para arriesgar la libertad si el caballo se fracturaba una pata al topar con un bache en el camino.

De haber sido las circunstancias más favorables, aquél habría sido un lugar ideal para hacer un alto. El martín pescador acechaba los estanques del río bajo matorrales de endrino y fresno donde reñían los gorriónes. Bajo las nubes de insectos se dibujaban círculos en el agua que apuntaban a la presencia de peces de buen tamaño. La trucha, probablemente. El atardecer veraniego era el mejor momento para pescarla.

El acero resplandeció al sol cuando las lanzas asomaron al frente del camino. Las siguió una hilera de yelmos relucientes cuyos penachos oscilaban a merced del vaivén. Gair tiró de las riendas cuando los caballeros de la Iglesia salieron trotando del pliegue del camino para formar una barrera. Cinco caballos grises, parecidos como gotas de agua, movieron la cabeza, los frenos de plata tintinearón y cinco pendones de seda flamearon al viento. Gair masculló una maldición y volvió grupas para buscar con la mirada a Alderan. El anciano se hallaba a unas cuarenta yardas, acorralado por otros cinco caballeros.

El camino estaba bloqueado. A la derecha estaba el río, con sus treinta yardas de orilla a orilla, y la diosa sabría qué profundidad; a su izquierda, una cuesta pronunciada cubierta de piedras movedizas. Probablemente podría subir por ahí si conducía el caballo con cuidado, pero no había forma de saber qué le aguardaba en la cima. Los páramos dremenianos albergaban tantos pliegues como una sábana, entrelazados por arroyos y valles donde hombres armados podrían tenderles una emboscada. La única forma de salir de la trampa consistía en atravesar la línea. Así las cosas, encaró a los caballeros.

—¡Alto en nombre de la diosa! —voceó un caballero con el cordón rojo alrededor del brazo que correspondía al rango de capitán.

Cinco hombres, pertrechados y cubiertos con armadura. La caballería pesada, lo mejorcito de la Iglesia, distaba una eternidad de los postes o los hombres de paja usados en las prácticas, y Gair había hecho poco más que practicar durante los últimos diez años. La espada larga abandonó la vaina con un silbido.

—¿Qué crees que estás haciendo? —espetó Alderan cuando situó el caballo a su altura—. ¿Ves la rosa roja que llevan en el blasón? Son los hombres de Goran.

—Goran quiso verme arder en la hoguera. Si puede mantenerme en esta parroquia hasta el anochecer, logrará su propósito.

Un movimiento tras el capitán llamó la atención de Gair. Había otro hombre, cubierto por un raído jubón de piel, que montaba un poni de color pardo. Sus ojos azules, acuosos, contemplaban el paisaje como un par de huevos en una cacerola, pero recalaban en él continuamente.

—¿Quién es ése?

Alderan siguió la mirada de Gair y soltó un gruñido.

—El cazabrujos.

—Pensé que había logrado darle esquinazo.

—Yo también. O bien me equivoqué, o bien él acertó al suponer por cuál de las cinco puertas saldríamos.

Gair contempló al hombre mientras aquella mirada a medio cocer le observaba antes de alejarse para después volver a mirarlo. El pinchazo que sentía tras los ojos cobró intensidad.

—¿Cómo lo hace? —Se frotó el rostro con el dorso de la mano, pero no sirvió de nada. El cazabrujos le provocaba pinchazos en el cerebro—. Tenemos que dejarlos atrás.

—Gair, no tiene sentido. Con su ayuda serían capaces de seguirte el rastro a cientos de millas a la redonda. Olvídalo.

—No. —El caballo movió la cabeza a un lado—. No puedo permitir que me alcancen. Tengo que dejarlos atrás.

El alazán no era un caballo de batalla, pero era firme y fuerte. Gair lo espoleó. La voz de Alderan, que pronunciaba su nombre, quedó atrás. No estaba dispuesto a retroceder.

—¡Alto en el nombre de la diosa! —voceó de nuevo el capitán.

Gair hizo caso omiso, acarició con los tacones el costillar del caballo y echó el peso del cuerpo hacia adelante, con la espada cruzada sobre el lomo del animal. Tan sólo disponía de una oportunidad para enderezar

la situación. Moriría si fracasaba. Acabaría ensartado en una lanza, o ardiendo en la hoguera. No había nada que pensar.

Al frente, los caballeros permanecían sentados en la silla con aire indeciso. Eran pocos para bloquear con seguridad el camino, y demasiados para apartarse. Cuando el capitán le gritó de nuevo que se detuviera, Gair puso el caballo al galope y miró el hueco que separaba al segundo del tercer caballero. Las lanzas vacilaron a medio camino de verse puestas al ristre, y los guanteletes aferraron las riendas, pero para entonces ya era demasiado tarde. Entre gritos feroces cargó a través de la línea, camino abajo, ¡y logró atravesarla!

Más caballeros cubiertos con cota de malla doblaron al galope el siguiente recodo. Habían acodado las lanzas. Gair tiró de las riendas con tal fuerza que el alazán estuvo a punto de acabar sentado en el camino, y luego lo obligó a volver por donde había llegado.

«Santa madre, no quiero morir.»

Un trecho de roca partía del camino, fracturada hasta adoptar la forma de una escalera tosca. Llevó hacia allí el caballo y hundió los talones en los costados. El alazán pisó el primer peldaño, luego el otro; Gair levantó su peso de la silla para ayudarlo. Otro salto, las herraduras resbalaron, la aulaga tiró de las botas de Gair. Levantó la vista hacia la cresta, donde vio más caballeros.

Un temor ciego se crispó como un puño en el estómago de Gair. No tenía dónde ir. Los caballeros avanzaban, y la trampa que el mastín de Goran le había tendido estaba a punto de cerrarse sobre él. Al indultarlo, Ansel se había arriesgado por nada a despertar las iras de la curia.

De pronto reverberó en sus oídos una nota aguda.